

CAPÍTULO II

OBJETO Y MÉTODO DE LA PSICOLOGÍA

La *Psicología*, ó ciencia mental, puede definirse diciendo que es el conocimiento general del alma, y más particularmente del alma humana, reducido á forma exacta y sistemática. Para comprender esta definición, debe precisarse el significado de la palabra *alma* ó *mente*.

Concepto científico del alma.—Distinguimos comunemente entre una unidad ó substancia y las varias manifestaciones ó fenómenos de esa substancia. En el lenguaje vulgar hablamos de nuestra propia alma y de las otras almas como sujetos de varias sensaciones, ideas, etc. La psicología no investiga la naturaleza del alma en sí misma, ni la analiza como substancia, sino que se limita á estudiar sus diferentes estados y operaciones. Lo que constituye el objeto propio de esta ciencia, son las varias formas de actividad del alma que podemos observar en nuestra experiencia mental ó vida mental; y es claro que este conocimiento del alma en acción, y de los distintos modos como se manifiesta y obra, es lo que necesitamos para guiar prácticamente nuestra misma mente ó las ajenas.

Ahora bien, ¿cómo distinguiremos esos hechos psicológicos de otros fenómenos que forman el objeto de las ciencias físicas? No podemos definir esos estados

del alma por medio de su reducción ó cosa más simple, pues lo único que tienen en común es el ser estados *mentales*. De ahí que sólo podamos valerlos de alguna frase equivalente, como cuando decimos que un fenómeno mental es un hecho que pertenece á nuestra experiencia consciente ó vida consciente. Ó bien podemos enumerar las principales variedades de esos fenómenos mentales, y decir que el alma es la suma de las operaciones para conocer, de las sensaciones de placer y de dolor, y de los actos voluntarios. Vulgarmente se suele confundir la capacidad mental con la inteligencia, sin considerar que si bien la inteligencia es tal vez la parte más importante de la mente, no es el todo de ella. En la ciencia mental se debe contar como un fenómeno psicológico la sensación de dolor causada por un golpe. Y finalmente, podemos considerar el alma como antítesis de lo que no es alma. Esta es inmaterial, no tiene existencia en el espacio como la tienen las cosas materiales; no podemos tocar el pensamiento ni el sentimiento, y una sensación no es exterior á otra en el espacio, pues esos fenómenos se realizan en el tiempo solamente. El alma es el mundo interno y menor (microcosmos), distinguiéndose así del mundo externo y mayor (macrocosmos).

Alma y cuerpo.—Al par que importa considerar el alma en completa contraposición con las cosas materiales, debe tenerse presente la estrecha relación en que están una y otras. Lo que llamamos ser humano es un compuesto de cuerpo y alma; lo que determina nuestra personalidad es un alma unida á un armazón material. Como luego veremos, todas las operaciones del alma tienen conexión con las del sistema nervioso, y hasta el pensamiento más abstracto va acompañado de alguna operación en los centros cerebrales. De ahí que aun cuando debamos cuidar de no confundir lo mental y lo

material, lo psíquico y lo físico, como si fueran de un mismo género (homogéneos), no hemos de perder de vista lo físico al tratar del alma; la cual se debe considerar siempre como en relación, de cierto modo inexplicable, con el organismo vivo, y más particularmente con el sistema nervioso y sus funciones. Y el reconocer que existe esa estrecha y constante conexión con el cuerpo, es asunto de gran importancia práctica al procurar la educación y desarrollo mental.

Método subjetivo.—Hay dos distintos modos de conocer el alma. El primero es el directo, interno ó subjetivo; el cual consiste en dirigir la atención á lo que sucede en nuestra propia alma mientras está sucediendo, ó después de haber sucedido. Tenemos el poder de volver la atención hacia adentro para observar los fenómenos mentales; lo que nos permite fijarla en un sentimiento particular, como el de la emulación ó simpatía, á fin de ver de qué naturaleza es, de qué partes elementales consta y cómo obran ó influyen en el mismo las circunstancias del momento. Este método de observación interna ó subjetiva se conoce con el nombre de introspección (“mirar adentro”).

Método objetivo.—También podemos estudiar los fenómenos mentales, no sólo en nuestra propia alma individual, sino según se presentan exteriormente en otras almas. Esto constituye el modo indirecto, externo, ó objetivo,* de estudiarlos; y así notamos las manifestaciones de los sentimientos ajenos en las miradas, en los gestos, etc. Por la palabra llegamos á conocer los pen-

* Llamamos *sujeto* al alma en cuanto conoce algo, ó es impresionada (placentera ó dolorosamente) por algo. Por *objeto* entendemos lo que el alma conoce ó lo que la impresiona de cierto modo. La casa que vemos, la flor que admiramos, son objetos, para nosotros que vemos la una y admiramos la otra.

samientos las demás personas, y fijando la atención en sus actos observamos sus inclinaciones é impulsos.

La observación objetiva alcanza lo mismo á los fenómenos mentales de los individuos á quienes conocemos personalmente que á los de aquellos otros á quienes sólo conocemos por la lectura de sus biografías, ó por haber oído referir sus hechos, etc. También comprende el estudio de las almas, por grupos pequeños ó grandes, según nos las presentan los sentimientos y actos de las naciones en la historia.

Corresponde igualmente á la observación objetiva el estudio comparativo de los caracteres que ofrecen conformidad ó diferencia en las diversas razas, y aun en los varios grados de la vida animal. El estudio de las fases más sencillas del alma en los niños de razas atrasadas ó por civilizar, y en los animales inferiores, es de un valor especial por lo que ayuda á comprender el desarrollo del alma humana en los adultos.

Ambos métodos deben combinarse.—Los conocimientos científicos se distinguen por su certeza, exactitud y generalidad; requieren atenta observación para cerciorarse de los hechos y ver con precisión lo que realmente hay en lo que se observa; y se ha de proceder pasando del conocimiento de lo particular al de lo general. Por esta ruda definición de lo que se entiende por conocimientos científicos, es fácil comprender que el método subjetivo y el objetivo necesitan completarse recíprocamente. En primer lugar, puesto que sólo podemos observar *directamente* lo que pasa en nuestra mente individual, la primera condición para todo conocimiento exacto de los estados mentales es cierta suma de introspección. El tratar de descubrir los fenómenos mentales y sus leyes tan sólo por la observación de los signos externos y los efectos de los pensamientos, sentimientos

y voliciones de otras personas, sería simplemente absurdo; porque estas manifestaciones externas son en sí mismas tan vacías de sentido como las palabras de un idioma desconocido, y sólo reciben su significación cuando las referimos á lo que nosotros mismos hemos pensado y sentido. Por otra parte, la exclusiva atención al contenido de nuestra mente individual nunca nos daría un conocimiento *general* del alma. Con objeto de eliminar los efectos de la individualidad, debemos á cada paso comparar nuestros propios modos de pensar y sentir con los de otras mentes; y cuanto más extenso sea el terreno de nuestra comparación, mejores serán probablemente nuestras generalizaciones.

Cada uno de estos métodos para el estudio del alma tiene sus dificultades características. Para atender debidamente á lo que sucede en nuestra vida mental, hay que presuponer cierto poder de abstracción. Requiere al principio un esfuerzo considerable el retirar la atención de los sucesos más notables que se verifican en el mundo externo, de las vistas y sonidos en torno nuestro, y el conservar fija la atención en sucesos comparativamente oscuros del mundo interno. Aun para los psicólogos acostumbrados, ese trabajo ofrece siempre una dificultad particular. Además, hay grave peligro de equivocarse al leer las mentes ajenas, debido á un exceso de la propensión á reflejar en ellas nuestra propia manera de pensar y sentir. Este peligro aumenta según se halle más lejana de nosotros la mente que deseamos observar. El comprender, por ejemplo, los sentimientos y convicciones de un antiguo romano, ó de un africano salvaje, es una operación muy delicada; implica gran atención á las diferencias y semejanzas de las manifestaciones externas, y también un esfuerzo de *imaginación* por el cual, aunque partiendo de algún recuerdo

propio de nuestra experiencia, vamos penetrando en una nueva serie de circunstancias, de nuevos experimentos y de nuevos hábitos mentales.

Observación de la mente infantil.—De esas dificultades hay visible ejemplo cuando se procura notar é interpretar las manifestaciones de la mente del niño. Esta observación es de la mayor importancia á los psicólogos en general, pues un conocimiento apropiado de las manifestaciones primeras del alma, es un preliminar necesario para la explicación científica de su desarrollo ulterior, y ese conocimiento es para el educador la rama más importante de la ciencia del alma, así como es una de las partes más difíciles de la investigación psicológica.

La razón de esto puede verse fácilmente. Los niños tienen su modo característico de sentir, de considerar las cosas, de juzgar con respecto á la verdad, etc.; y aunque el adulto que observa á los niños ha sido niño, es incapaz, excepto en raros casos, de recordar claramente sus propias experiencias infantiles. ¿Cuántos de nosotros podríamos en realidad recordar las extrañezas, los temores y las imaginaciones grotescas de nuestros primeros años? Por tanto, los niños pueden dejar de ser comprendidos, porque tienen que hacer uso de la palabra como medio, y entonces no siempre logran ellos percibir ó comprender su exacta significación.

Sin embargo, estas dificultades no son insuperables; pueden vencerse cuando existen las condiciones de buen observador y el buen propósito, y debe tenerse presente que si hay dificultades especiales en eso, también hay facilidades especiales; porque los niños, comparados con los adultos, son francos en la manifestación de sus sentimientos y no hacen uso de los muchos artificios que las personas mayores emplean, sin conciencia completa de ello tal vez, para disfrazar y transformar sus verda-

deros pensamientos y sentimientos al expresarlos ante las demás personas.

Las cualidades que se necesitan especialmente para la atenta observación y profunda comprensión de la mente infantil, son los buenos hábitos de observación y un vivo y cariñoso interés por los niños. Ambas condiciones son necesarias. Si sólo tenemos la primera, dejaremos de penetrar la naturaleza infantil, precisamente porque no nos tomaremos el trabajo de colocarnos imaginariamente en las circunstancias de los niños para ver realmente cómo les impresionan las cosas. El interés tierno y ferviente que conduzca al compañerismo verdadero, parece ser una condición para observar imaginariamente lo interior de las almas infantiles, y para asegurarse de que sus modos difieren, en muchos respectos, de nuestros modos. Por otra parte, si existe el sentimiento de benevolencia sin tener la facultad de observar, se corre el peligro de idealizar la niñez y dotarla de rasgos distintivos admirables que en realidad no le correspondan.

En cuanto á la observación del niño, puede el psicólogo acudir á los encargados de educar la infancia, á los padres y á los maestros, en busca de valioso auxilio. Algunas de las mejores observaciones relativas á la mente infantil se las debemos á los padres; y mucho pueden hacer todavía éstos para ayudarnos á conocer el curso del desarrollo de los niños en particular. Al mismo tiempo los maestros, aunque no están en relación tan íntima con cada niño en particular, llevan la gran ventaja de observarlos agrupados; y de ellos debemos obtener las estadísticas referentes á la niñez. Las épocas en que ciertas facultades se hacen notar, la fuerza relativa de los varios sentimientos é impulsos, los caracteres morales é intelectuales de los niños; estos y otros pun-

tos son cosas sobre las cuales los maestros que se tomen el trabajo de observarlas cuidadosamente, puede esperarse que suplan de valiosos conocimientos á los psicólogos del porvenir.

Conocimiento general del alma.—Como se ha observado, la ciencia consiste en conocimiento general ó conocimiento expresado en forma general; y de ahí que la ciencia mental tenga por objeto generalizar nuestro conocimiento del alma. Desde luego procura agrupar bajo ciertos títulos todos los fenómenos observados; esto es, clasifica la infinita variedad de los estados mentales con arreglo á su mutua semejanza. Pero, al hacer esto, pasa por alto las diferencias particulares de las mentes, y fija la atención en sus caracteres comunes. Es asunto de importancia práctica el hacer una clasificación de los estados del alma, ya se trate de las mentes en su período primitivo de desarrollo ó en los períodos subsiguientes. De esta manera el maestro estará en condiciones mucho mejores para estudiar y tratar la mente infantil, tanto en sus diversas partes como en conjunto, cuando haya reducido á sistema ordenado y sencillo las complicadas manifestaciones del alma.

En segundo lugar, toda ciencia tiene por objeto no solamente el ordenar los fenómenos, sino también el hacer ciertas afirmaciones acerca de ellos. Hay verdades generales ó leyes, que son aplicables á numerosas variedades de fenómenos. Cuando estos se verifican en el tiempo, esas leyes se refieren á la relación de unos sucesos con otros que los precedan ó los sigan; esto es, formulan las relaciones de dependencia causal de unos fenómenos con otros. La ciencia mental procura alcanzar esas verdades ó leyes psicológicas, y su objeto último es determinar las condiciones de que dependen los fenómenos mentales. Así el psicólogo pregunta cuáles son

las condiciones para la retención, cuáles son las circunstancias que producen y favorecen la conservación de las impresiones en el alma. Este conocimiento de las condiciones y de las leyes es del mayor valor práctico, pues sólo comprendiendo cómo se forma un producto mental nos es posible ayudar á formarlos, ó intervenir para que se modifique el proceso de su formación.

Fijando un poco la atención en el asunto, se notará que los fenómenos psicológicos no sólo se relacionan, por su dependencia, con otros fenómenos que los precedan inmediatamente, sino también con otros muy anteriores. Por ejemplo, la pronta obediencia de un niño á lo que se le manda no depende sólo de ciertas condiciones presentes, como la atención á las palabras con que se le ordena, etc., sino de las condiciones anteriores, de la formación de un hábito, la cual puede haberse ido verificando durante años. De ahí resulta, por tanto, que la consideración de las relaciones de dependencia conduce á considerar la mente como proceso de crecimiento ó desarrollo. Las más importantes leyes psicológicas son, desde el punto de vista del educador, las que rigen el desenvolvimiento mental.

Antes de pasar á considerar varios grupos de estados mentales separadamente y las leyes que los rigen, será bueno que consideremos la mente psicológicamente, esto es, según la mente en conjunto es afectada por su conexión con el organismo corporal. Esta fase del asunto será objeto del capítulo siguiente. 4

CAPÍTULO III

EL ALMA Y EL CUERPO

Conexión entre el alma y el cuerpo.—Cuando decimos que el alma y el cuerpo están en conexión, citamos solamente un hecho de nuestra experiencia diaria, y un hecho que la observación y experimentación científicas hacen cada vez mas cierto y preciso; esto es, afirmamos que las operaciones mentales se corresponden de cierta manera con las operaciones del cuerpo. No hacemos afirmación ninguna, en cuanto á la naturaleza última del alma ó del cuerpo, ni procuramos explicar el aparente misterio que ofrecen dos cosas tan enteramente distintas como el cuerpo y el alma unidas en un ser vivo. Estos problemas son enteramente extraños á las ciencias naturales; son del dominio de la filosofía, ó sea de la metafísica.

Concretándonos, pues, á los *fenómenos*, ú operaciones observables del alma y del cuerpo, lo primero que hallamos es que esas operaciones aparecen unidas en el tiempo. Es decir que la actividad mental sigue á la actividad física y que ésta acompaña siempre á aquella. Nada sabemos con respecto á operaciones mentales que no sean seguidas de cambios físicos en ciertas partes del cuerpo; y algunas de estas operaciones fisiológicas parecen ser perfectamente simultáneas con las del alma á